

Hígado, hombre y cultura

Carlos G. Musso y Paula A. Enz

Todo organismo es el resultado de una delicada combinación de bioestructuras, cuya eficacia ha sido demostrada por millones de años de evolución. Cada ser vivo porta en su embriogénesis, anatomía y función la impronta de los diversos modelos biológicos que lo precedieron y que de alguna forma también lo constituyen. Desde esta óptica reconocemos en el hígado a nuestro componente corporal más arcano, el resabio de un ancestro pluricelular, una suerte de fósil viviente instalado en el centro de nuestra economía. El hígado posee todos los atributos de un ser vivo primitivo: es capaz de realizar la digestión externa de su alimento arrojando sobre él jugos digestivos (bilis), absorber nutrientes macerados a través de sus “fimbrias” (vellosidades intestinales), materializar su propio cuerpo (síntesis proteico-lipídica), generar sus reservas energéticas (glucogenogénesis, esteatosis), oxigenarse por imbibición (respiración hematógena), neutralizar sustancias que le son nocivas (reacciones redox y de conjugación), e incluso reproducirse en forma asexual (autorregeneración hepática). Esta imagen de la existencia de un organismo hepatoide como ancestro primordial del hombre encuentra su aval en la fórmula haeckeriana que sostiene que *la ontogenia reproduce la filogenia*, ya que existe una etapa de la vida fetal (octava semana) en la cual el embrión es prácticamente un gran hígado nutriéndose de la madre por vía placentaria. En dicha etapa el hígado fetal ocupa prácticamente todo el abdomen y su volumen es tres veces mayor respecto de un hígado adulto si se lo relaciona con la superficie corporal. Este gran hígado fetal es el motivo por el cual aquellos autores como Arnaldo Rascovsky, que postulan la existencia de un psiquismo prenatal, sostienen que *lo hepático* quedaría registrado a nivel intrapsíquico como algo mucho más extenso que el hígado anatómico: como *lo abdómino-hipocondríaco*, o *hepato-pancreático*. En el Mundo Antiguo el hígado gozaba de gran reputación, a tal punto que se disputaba el ser residencia del alma junto al corazón y el cerebro. Incluso en aquellos tiempos todos los sabios coincidían en que la sede de las pasiones y de los deseos era hepática. Los antiguos egipcios, que durante la momificación de sus faraones preservaban las vísceras que consideraban indispensables para la vida terrenal y de ultratumba en recipientes especiales (vasos canopos), destinaban uno de dichos vasos rituales a la conservación del hígado.

Culturas como las asirio-babilónica, etrusca y grecorromana practicaban la *aruspicina*, es decir la adivinación basada en la hepatoscopia: observación de las características hepáticas de los animales sacrificados a los dioses como fuente de información sobre el devenir. Se trataba de una disciplina sumamente respetada, de hecho la histórica advertencia a Julio César sobre la proximidad de un complot contra su vida se basó en las predicciones de un famoso arúspice de la época.

Los antiguos conocían perfectamente la capacidad materializadora del hígado; en realidad la palabra *hígado* significa etimológicamente *compuesto de higos*, ya que con esa fruta los antiguos pueblos mediterráneos alimentaban a las aves de engorde y notaban al sacrificarlas el considerable aumento de su volumen hepático tras haber recibido dicha dieta.

La capacidad materializadora hepática se ve reflejada en algunos idiomas (español, italiano, etc.) en los que la expresión “tener hígado” para algo significa tener la combinación exacta de idealismo y tenacidad para poder hacer realidad los proyectos. Además, significa también por extensión tener el suficiente valor o coraje como para hacer algo, de ahí que la palabra castellana *ahigado* signifique valiente. Por otra parte, por asociación inversa se entiende por *personalidad hepática* aquella que es incapaz de materializar sus ideas. La no concreción de lo deseado deviene en resentimiento y amargura, emociones que —como veremos a continuación— se asocian culturalmente con lo hepático; como diría el poeta inglés William Blake: “*el que desea y no obra engendra peste*”.

En diversas culturas existen interesantes asociaciones lingüísticas entretejidas con la imagen de “lo hepático” y que involucran a este órgano, con lo amargo (en sentido literal o figurado) y con lo amarillo.

La connotación de lo hepático con lo amargo seguramente proviene del sabor de la bilis (hiel) que en otro plano de significación puede connotar metafóricamente la amargura emocional, lo figurativamente venenoso o ponzoñoso (celos y envidia). De hecho la palabra *melancolía* significa “bilis negra” y proviene de la antigua creencia en que un estancamiento y espesamiento biliar podían ser el origen de un cambio negativo en el orden emocional.

La connotación de lo hepático con lo amarillo seguramente procede de la coloración icterica que adquieren los

enfermos hepáticos a raíz de la retención a nivel cutáneo-mucoso de bilirrubina. Sin embargo, habría otras razones que justificarían dicha asociación víscero-cromática. Artistas como Vassily Kandinsky, que sostienen la existencia de un lenguaje de los colores, postulan que las tonalidades cálidas (rojo-amarillo) expresan fuerza y coraje: precisamente los atributos culturales del hígado.

En los idiomas castellano y portugués las palabras *amarillo* y *amarelo* respectivamente, proceden de la palabra latina *amarus* (amargo), que es una asociación indirecta con el sabor de la hiel (asociación color-sabor-sustancia). En los idiomas inglés y alemán la asociación de lo amarillo con lo biliar se hace en forma más directa mediante una asociación color-sustancia a través de las raíces comunes de *yellow* y *gelbe* (amarillo) con *gall* y *galle* (hiel). En este caso la asociación es directamente de color-sustancia. La palabra francesa *jaudine* (emparentada con *jaune*: amarillo), y que también es utilizada en el idioma inglés, significa no solo “amarillento”, sino también “envidia, celos, malicia o suspicacia”, todas ellas emociones que, como antes mencionáramos, se vinculan tradicionalmente con el hígado.

Idioma	Color	Anatomía	Sabor	Emoción
Español	Amarillo	hiel -bilis	amargo	amargura
Inglés	Yellow	gall - bile	gall -bitterness	jaundice

Es sabido que los mitos y las leyendas expresan los sueños típicos de la humanidad y por lo tanto están formados por símbolos de un elevado grado de universalidad.

El mito de Prometeo y el legado del fuego, uno de los de mayor influencia sobre la cultura occidental, porta todos los ingredientes asociados culturalmente a lo hepático.

Cuenta la leyenda que Prometeo robó el fuego pertene-

ciente a Zeus, lo escondió en el tronco hueco de una higuera y se lo entregó a los hombres, a quienes previamente había dado vida y ahora pretendía beneficiar con su regalo. Zeus, enterado de su accionar, lo hizo encadenar a una montaña del Cáucaso donde todos los días un águila le devoraba el hígado, el cual se regeneraba por la noche para que al día siguiente se repitiese el suplicio hepático. Finalmente Prometeo fue liberado por Hércules, quien mató al águila de Zeus con una flecha embebida en la hiel de la monstruosa Hidra de Lerna.

Este relato está plagado de simbolismo hepato-biliar: el fuego robado (símbolo de la pasión hepática), el empleo precisamente de una higuera para el robo del fuego (higo-hígado), Prometeo creador del hombre (individuo materializador), su valor de enfrentar a Zeus en favor del hombre (coraje), el reiterado daño hepático (la envidia de Zeus hacia Prometeo por su actitud heroica), la hiel de la Hidra de Lerna utilizada como ponzoña (lo biliar como lo venenoso). El mito de Prometeo posee muchos puntos en común con la pasión y muerte de Cristo: su concepción inmaculada por la divinidad Dios/Zeus, el coraje de ayudar al hombre aun a un gran costo personal, la corona de espinas/mimbre con que se adorna su cabeza, el lanzazo del soldado romano/picotazo del águila de Zeus con que se daña su hígado, la resurrección corporal/hepática. Vemos así cómo el paganismo mediterráneo y el cristianismo contribuyeron entonces a vehicular los engramas de lo hepático en la cultura occidental.

Concluimos que el hígado antropológico trasciende las dimensiones de la celda hepática desde el momento en que posee estrechos lazos con lo ancestral, lo estético, lo afectivo y lo mítico. Este hígado intangible es tan vital a nuestro tejido cultural como su versión visceral lo es para nuestro organismo.

BIBLIOGRAFÍA

- Bircher J, Benhamou JP, McIntyre N, et al., eds. Oxford textbook of clinical hepatology. Oxford: Oxford University Press; 1999.
- Chiozza L. Cuando la envidia es esperanza. Madrid: Alianza; 1998.
- Chiozza L. Presencia, transferencia e historia. Madrid: Alianza; 1998.
- Chiozza L. Psicoanálisis de los trastornos hepáticos. Madrid: Alianza; 1998.
- Collins spanish-english / english-spanish dictionary. London: Collins; 1974.
- Diccionario alemán-castellano / castellano-alemán. Buenos Aires: Sopena; 1967.
- Grandes enigmas de la humanidad. Barcelona: Océano; 2005.
- Kandinsky V. Sobre lo espiritual en el arte. Buenos Aires: Need; 1998.
- Lambert T. Diccionario de los dioses y mitos del Antiguo Egipto. Barcelona: Océano; 2003.
- Noguín J. Mitología universal ilustrada. Gil J, ed. Buenos Aires: Hachette; 1957.
- Pérez Tamayo R. El concepto de enfermedad. México: Fondo de Cultura Económica; 1988.
- Varela Domínguez de Ghioldi D. Diccionario mitológico y literario. Buenos Aires. 1952
- Uzorskis B. Clínica de la subjetividad en territorio médico. Buenos Aires: Letra Viva; 2002.